

APUNTES PARA HILVANAR UNA HISTORIA SOBRE LAS MUJERES

Teresa Fallas Arias: Doctora, profesora Catedrática en la Sección de Comunicación y Lenguaje de la Escuela de Estudios Generales de la Universidad de Costa Rica (teresa.fallas@ucr.ac.cr).

Resumen

Para abordar la historia sobre las mujeres debe considerarse que fue escrita por los varones, fuente plagada de prejuicios, de estereotipos y reproductora de la retórica androcéntrica que convirtió la diferencia sexual femenina en desigualdad e inferioridad. En esta indagación se valora la *diferencia sexual* como *complementariedad y riqueza*, pues posibilita la puesta en escena de los lenguajes y los saberes menospreciados, invisibilizados o anulados durante milenios. Pensar a la mitad de la humanidad en estos tiempos, implica rechazar la historia unívoca e idéntica que ocultó las experiencias de las mujeres, para contarlas sin intermediarios e intérpretes proclives a la historia institucionalizada.

Palabras claves: Mujeres, feminismo, diferencia sexual, patriarcado, eterno femenino, poder.

Abstract

Before approaching the history of women the fact that it was written by men should be considered. It was filled with prejudice, stereotypes and reproduced an androcentric rhetoric which converted the sexual differences of women into inequality and inferiority. In this inquiry the sexual differentiation is valued as complementary and rich as it allows the staging of languages and knowledge previously despised, invisible and annulled during centuries. To think about half of humanity in these times means rejecting the univocal and identical history which hid the experiences of women, to tell them without intermediates and interpreters prone to institutionalized history.

Key words: Women, feminism, sex differences, patriarchy, eternal feminine and power.

INTRODUCCIÓN

Es imposible hablar sobre la única historia sin hablar del poder (...) cómo se cuentan, quien las cuenta, cuándo se cuentan, cuántas historias son contadas, son temas que dependen del poder. El poder es la capacidad no solo de contar la historia del otro, sino de hacer que esa sea la historia definitiva.

Chimamanda Adichie
El peligro de una sola historia

Para abordar la historia sobre las mujeres debe considerarse que ha sido escrita por los varones, fuente plagada de prejuicios, de estereotipos y reproductora de la postura ideológica androcéntrica, que convirtió la diferencia sexual femenina en desigualdad e inferioridad, negándose a reconocer que las mujeres son “*seres reales históricos, dotadas de una concreta existencia material*” (Violi, 1991: 153), con experiencias específicas, variadas y complejas.

Imaginada por los ideólogos patriarcales como *desigualdad* e *inferioridad*, la diferencia sexual es reconocida por la teoría feminista como *complementariedad* y *riqueza*, perspectiva que posibilita la reinención al “*renunciar a los hábitos de pensamiento históricamente establecidos*” (Braidotti, 2004: 214), para aprender a pensar la condición histórica de las mujeres desde múltiples líneas de alteridad: “*la clase, el género, la raza, la etnia, la cultura, la edad, la formación, la religión, la nacionalidad*” (Suárez et al, 2000: 13); heterogeneidad ante la cual ninguna esencia es posible, ni política alguna una conquista de todas.

Inscribirse en el proyecto que interpreta como riqueza y complementariedad la diferencia sexual, implica hurgar en la historia de las mujeres para impugnar los escrutinios masculinos rechazando hábitos milenarios, pues dicha categoría, adoptada en esta lectura donde se hilvanan algunos apuntes referentes a esa mitad de la humanidad descalificada y excluida por el patriarcado, no se arraiga a ningún paradigma teórico por ser un proceso “*que no puede ser del todo expuesto, que desestructura la gramática de la afirmación y que persiste, de forma más o menos permanente, como algo a lo que interrogar.*” (Butler, 2006: 253). Derivada del movimiento feminista y desafecta a la noción planteada por el sistema de dominación masculino, la diferencia sexual es una perspectiva que permite poner en escena lenguajes y saberes femeninos menospreciados, invisibilizados o anulados durante milenios, pues el feminismo al no ser homogéneo experimenta debates cotidianos, renovándose continuamente, sabedor de que “*el proceso teórico no es abstracto, universalizado, objetivo ni indiferente, sino que está situado en la contingencia de la propia experiencia y, como tal, es un ejercicio necesariamente parcial*” (Braidotti, 2004: 15). (1)

Representadas, narradas y definidas como *seres-para-los-otros* el sistema presume que las mujeres deben vivir de espaldas a sí mismas, sin aspirar a *ser-para-sí*, ni a desplegar ninguna

resistencia a la dominación androcéntrica. Esta supuesta inmutabilidad y homogeneidad universal de la representación femenina, la impugna la diferencia sexual, noción que además de desenmascarar la asimetría entre los sexos y poner “*en crisis toda nuestra concepción del mundo, nuestros valores, nuestros modos de vida y la legitimidad del mundo patriarcal*” (Lagarde, 1996: 21), cuestiona “*los cuerpos normativos laicos y religiosos, científicos, jurídicos, académicos* (Lagarde, 1996: 31) que establecen los deberes, las obligaciones y las prohibiciones asignadas a los géneros, las formas de relación entre estos, sus límites y su sentido.

La diferencia sexual es una estrategia feminista que, al transgredir la autoridad y el poder, posibilita experimentar nuevas maneras de decir otras realidades por su interés en el lenguaje y en el cuerpo. En lo referente al lenguaje “*por su poder para colonizar, para someter y para naturalizar lo que es una creación cultural. Al cuerpo porque es encarnando las diferencias en cuerpos específicos (el cuerpo femenino, el cuerpo colonizado) que el poder cobra realidad en cada sujeto humano*” (Suárez, 2000: 13). Además la perspectiva de la diferencia sexual feminista impugna que el hombre sea conceptuado “*el centro y la medida de todas las cosas, mientras se reafirma la inferioridad de la mujer, tanto en el ámbito biológico, como en el moral y en el intelectual, empleando la ciencia para justificar y argumentar esta situación.*” (Bosch, 1999: 97)

NI VÍRGENES NI DEMONIOS: MUJERES

A una leyenda borrosa se circunscribe la historia de las mujeres si se exploran las investigaciones de “estudiosos”, quienes dudan que estas hayan ejercido algún tipo de poder en el principio de los tiempos, cuando el “*hombre prehistórico era también mujer* (Cohen, 2011: 9), porque difundieron únicamente imágenes de héroes masculinos, sin que vislumbraran el lugar de la mujer prehistórica. Tampoco reconocen las actividades productivas femeninas, pues dejaron en la incertidumbre valiosos descubrimientos históricos, entre los cuales destaca la horticultura que “*derivó de las observaciones hechas por las mujeres durante los miles de años que ejercieron como recolectoras*” (Rodríguez, 2000: 198); hallazgo del que surgió la agricultura, actividad que transformó el orden establecido y condujo a la creación de la cultura y de la civilización.

En una nebulosa dejan también el matriarcado, sistema planteado por Johan Jakob Bachofen, cuyo rumor solo se escucha en la mitología, aunque hay pueblos como los Trobriands que reproducen tal sociedad. (2) Impreciso, asimismo, el desplazamiento de las deidades femeninas como la Diosa Serpiente quien, dadora de la vida y de la muerte en tierras mesopotámicas, fue degradada a demonio por el judaísmo, el cristianismo y el islamismo religiones monoteístas en las cuales los varones, urgidos de “*una deidad que, además de ratificar su supremacía, les confiriera la propiedad de sus hijos, así como la de los vientres de las progenitoras*” (Posadas y Courgeon, 2004: 81), crearon a Dios a su imagen y semejanza, otorgándole tanto la capacidad “*de crear por sí solo, sin unión sexual*” (Condren, 1994: 223), como el dominio sobre la Naturaleza y las mujeres. Esta deidad masculina, representada por

Yahvé, Dios y Alá, se convirtió en defensora de “*los intereses de los hombres en el incipiente orden patriarcal*” (Condren, 1994: 225), cuando las tres religiones misóginas implementaron “*un sistema injusto y cruel para la mitad de la humanidad*” (Posadas y Courgeon, 2004: 73). (3)

Con la instauración del patriarcado, sistema de poder fundado antes de constituirse la propiedad privada y la sociedad de clases, se fraguó la subordinación femenina, legitimándose “*la supremacía de los varones y de lo masculino sobre la inferiorización previa de las mujeres y de lo femenino*” (Calvo, 2012: 183). Calificadas como *imperfectas, impuras y peligrosas*, se les despojó de todas sus cualidades incluida la fertilidad, cuando los varones idearon una “*perversa inversión del orden natural de la vida, según el cual quien sale de las entrañas de la mujer es el hombre, y no al revés*” (Posadas y Courgeon, 2004: 84-85); así Adán “dio a luz” a Eva, nombrándola *varona* por nacer de varón, constituyéndose además en su propietario. (4)

La usurpación de los atributos femeninos empezó con Lilith, primera mujer creada junto con Adán, a quien le niegan la voz y por atreverse a hablar la demonizan y expulsan del Edén, convertida por obra y gracia del “*misticismo judío en una asesina de niños y un demonio de la noche*” (Posadas y Courgeon, 2004: 13). (5) La prohibición de la voz femenina se convirtió en un artilugio inapelable desde el principio de los tiempos, pues el pacto entre Dios y los varones, suscrito mediante la circuncisión, excluyó a las mujeres por no poseer el órgano reproductor masculino y las sentenció a ser eternas menores de edad “*bajo la tutela de un hombre, sea su padre, su marido o (...) su hijo*” (Posadas y Courgeon, 2004: 79), constituidos en dueños irrefutables del *sexo débil* o *sexus imbecillus*, como catalogó a las mujeres San Isidoro de Sevilla. Elogiada la retórica del silencio femenino por la patrística, San Pablo se encargó de ejecutarla violentamente, cuando les prohibió hablar a las mujeres en las asambleas, mutismo propagado y celebrado a través del tiempo y del espacio, al presuponerse que la “*mujer buena es la mujer callada y discreta por antonomasia; la que no habla y de la cual no se habla*” (Fernández, 2002: 60).

El silencio al que condenaron a las mujeres implica subordinación, debido a que la carencia de voz y el no poder nombrar, impide el derecho a ser y a expresarse pues, como han señalado los lingüistas, en los diálogos entre un hombre y una mujer el 98% de las interrupciones y el 100% de las interposiciones, son obra de los varones quienes les “*niegan a las mujeres el estatuto de interlocutores igualitarias en la conversación, ya sea con respecto a un uso plano del propio turno de conversación, ya sea respecto a la elección de los argumentos de conversación*” (Violi, 1991: 92). (6) Aunque es evidente la violencia del silencio forzoso, el mutismo femenino ha sido elogiado y cantado en versos como el nerudiano *Me gustas cuando callas porque estás como ausente* o en refranes como el aclamado *calladitas más bonitas*, aforismo que, pese a engalanarse con diminutivos, no deja de ser una mordaza de la voz femenina. (7) Reproductores de mensajes androcéntricos y sexistas, los refranes populares evidencian la opresión, la discriminación y la violencia verbal y simbólica contra las mujeres, obligadas históricamente a obedecer y a callar porque “*el silencio presta gracia a la mujer.*” (Fernández, 41)

De esta manera el silencio se configuró en uno de los atributos destacados del *eterno femenino*, precepto que también simboliza renuncia, sumisión, obediencia, laboriosidad y entrega incondicional a los demás, cualidades femeninas privilegiadas por el sistema de dominación masculino que prohíbe las rebeliones; especialmente las perpetradas por los arquetipos míticos femeninos como la Diosa, Lilith y Eva, madres insurrectas que subvirtieron el poder patriarcal con sus actos: Lilith desobedeciendo a Dios y abandonando a Adán, la Diosa Serpiente, devaluada a demonio, seduciendo a Eva (8) y esta, a su vez, boicoteando las órdenes impuestas en el paraíso, saboreando el fruto prohibido y dándolo a comer al “inocente” de su marido, sin importarle la condena, así en la tierra como en el cielo, por ser “culpable” de la caída. (9)

Frente a Eva, madre arquetípica contestataria, tachada de irreverente, libertina, orgullosa y seductora, la religión católica enalteció a María virgen y madre, ideal femenino imposible de alcanzar para las mujeres, porque es madre sin tener relación sexual. Ejemplo de sumisión, María no reclama la crucifixión de su hijo, resignándose a su muerte con la expresión *hágase su santa voluntad*, servilismo elogiado por el dogma cristiano y una actitud complaciente, antagónica a la postura de otras madres míticas, como Deméter diosa griega de la fertilidad quien ante el rapto de su hija desafía y amenaza a Zeus con la esterilidad de la tierra, si Hades no le devuelve a Perséfone. (10)

Las inculpaciones a las madres arquetípicas se pueden rastrear en amplias listas de herencia mitológica, como la griega rebosante de mujeres “peligrosas” y “maléficas” encabezada por la hermosa y “vil” Pandora que trunció la edad de oro de la humanidad cuando “*esparció todos los males sobre la Tierra al abrir la tinaja que Zeus le había regalado (...) una tinaja, por la sencilla razón de que las cajas no existían en la Grecia antigua*” (Posadas y Courgeon, 2004: 93). Las huellas de la “malvada” Pandora las recorrieron una serie de “perversas”, como la diosa Afrodita culpable de la guerra de Troya por provocar el rapto de la bella Helena; Medea asesina de sus hijos ante la infidelidad de Jasón; Cirse, la hechicera, que retiene al “pobrecito” Odiseo cuando regresa de Troya, rehén contra su voluntad de la infame Calipso quien embruja al “desventurado”, al que intentan seducir también las sirenas con sus cantos y encantos, mientras él las escucha amarrado al mástil de su barco, de regreso donde su “fiel” Penélope quien, tejiendo y destejiendo su malestar, resguarda el reino de Odiseo, negándose al amor de sus pretendientes. (11)

Si en las mitologías los arquetipos femeninos son diabólicos las mujeres no se quedan atrás acusadas, una y mil veces, de pactar con el demonio, pues son sus cuerpos los *elegidos* para encarnar Satán. Así se justifica la publicación del *Malleus Maleficarum* o *Martillo de las brujas* (1486), tratado “*cumbre de la literatura antifemenina y compendio de supersticiones, arrogancia y crueldad*” (Bosch, 1999: 19). Escrito por dos frailes dominicos, El *Malleus* fue el soporte teológico empleado por los cazadores de brujas, para acusar a las mujeres de herejía, por encarnar la lujuria, la malignidad y la pecaminosidad, acusaciones misóginas que provocaron la cacería de brujas, origen de los grandes procesos inquisitoriales donde fueron quemadas miles de mujeres en la hoguera.

Tales acusaciones eran comunes desde milenios atrás, cuando se les juzgó seres anómalos por su presunta inferioridad, estigma sobre el que teorizaron grandes pensadores entre los cuales sobresalió Aristóteles, filósofo que en el siglo IV a. J.C. reprodujo los prejuicios y estereotipos de su época, reafirmando la única historia acerca de la mujer como un ser *defectuoso* y *monstruoso*, un *hombre fallido e inacabado* o un *macho mutilado* por carecer del principio activo (léase semen). Según las per-versiones del sabio las mujeres eran anodinas *incubadoras* o receptáculos de la semilla viril, simiente de la que debían nacer solo varones; si nacía una niña era por un fallo en el proceso de incubación y la culpa la tenía la madre, postura ratificada durante milenios al ignorarse, hasta finales del siglo XIX, que

(...) de no intervenir las hormonas en períodos concretos del desarrollo del feto humano, no habría varones, siendo el embrión inicialmente programado para evolucionar hacia la forma femenina (...) el “monstruo” no sería la mujer, sino el varón (...) En otras palabras, todos empezamos nuestra vida -intrauterina- siendo mujeres (...) En el momento de la concepción, la única diferencia entre un embrión femenino y otro masculino reside en los cromosomas sexuales: XX para la futura niña, XY para el futuro niño. Las glándulas sexuales no están diferenciadas. Se necesitan unos dos meses de gestación antes de que se produzca la diferenciación sexual, inducida por un gen situado en el cromosoma Y. (Posadas y Courgeon, 2004: 26-27) (12)

Según adujeron los sabios, la supuesta inferioridad de las mujeres se debía también a la menstruación suceso debilitador, invalidante y recordatorio de la impureza femenina, pues tanto en la tradición judeo-cristiana como *“en la islámica, en las religiones orientales, y también en muchas tribus primitivas se considera que la sangre menstrual es impura y/o tiene poderes malignos”* (Bosch, 1999: 76). Desde esta perspectiva la menstruación, derivada del vocablo *rtu* que en sánscrito significa rito sagrado (Owen, 1992: 42), perdió el carácter sacro al ser catalogada símbolo de la impureza femenina y difamada con todo tipo de prejuicios y supersticiones, a lo largo y ancho del planeta, al presumirse que la mujer menstruante era

(...) capaz de cortar la leche fresca, arruinar las frutas en conserva y las carnes en adobo, marchitar el pasto y hacer abortar a las vacas; destruir la hierba, empañar los cristales, disolver el asfalto, agostar los viñedos...y para colmo, con su sangre menstrual, cualquier aprendiz de bruja puede preparar una pócima mágica con quién sabe que diabólicos efectos.” (Calvo, 1995: 36) (13)

Además se le relacionó con la locura femenina, enfoque que perduró hasta 1907 cuando un médico alemán -después de valorar sin consentimiento a centenares de pacientes de un sanatorio- descartó que la menstruación fuera *“causante de problemas mentales o psiquiátricos en las mujeres”* (Tovar, 2007: 18). Dicho descubrimiento no trascendió, como lo prueban los apelativos de lunáticas o irascibles emitidos, habitualmente, para descalificar a las mujeres que infringen los paradigmas masculinos; incluso las mismas mujeres practican este tipo de anulaciones.

Devaluada la menstruación, el don de dar la vida se convirtió en una minusvalía física eternizándose el estigma femenino en el vocablo embarazo, descrito como “*impedimento, dificultad, obstáculo*” (2001: 875), veredicto que, elaborado a la medida del poder androcéntrico, se consignó en el diccionario de la Real Academia, catálogo reproductor de un lenguaje discriminatorio y sexista; arbitrariedad que se puede palpar, también, en la definición de la palabra mujer

en 17 líneas, destacándose la mujer criada, de mala vida, del mal vivir, mundana, perdida, pública o ramera (...) Por el contrario, la palabra hombre ocupa una página siendo el término utilizado para designar a todo el género humano además del varón (...) que tiene las cualidades consideradas varoniles por excelencia, como el valor y la firmeza (...) Sobresale por ser de honor, de tesón, de valor, bueno, el que es sabio, de bien, honrado (...) mayoritariamente características identificadas socialmente como positivas. (Fernández, 2002: 13-14)

De esta manera el varón acaparó todas las virtudes humanas constituyéndose en el representante del género humano al subsumir a las mujeres en el genérico, ratificándose “*igual a humano, equivalente pues a género neutro*” (Rodríguez, 1999: 113), debido a que solo el arquetipo viril se consideró humano. Así se instauró la violencia simbólica del lenguaje androcéntrico, masculinizante y machista, quedando lo femenino oculto, repudiado y “*carente de reconocimiento social: sin firma, sin apellido, sin historia*” (Rodríguez, 1999: 113); los letrados no reconocieron la valía de las mujeres, refiriéndose a ellas, las pocas veces que lo hacen, con expresiones negativas, irónicas o con la manida frase *se sabe poco de su vida*.

Las huellas de los mensajes sexistas se pueden rastrear siglos antes de Aristóteles, cuando Pitágoras (s. VI a. J.C.) se refirió a la supuesta inferioridad femenina al sentenciar: “*Existe un principio bueno que creó el orden, la luz y el hombre, y un principio malo que creó el caos, la oscuridad y la mujer*” (Posadas y Courgeon, 2004: 75). El sendero de Pitágoras fue recorrido por múltiples sabios como Averroes y Santo Tomás de Aquino, filósofos reproductores de la retórica aristotélica, discurso del que también se nutrió la patrística, pues los padres de la iglesia, entre ellos Tertuliano, San Ambrosio, San Jerónimo, San Agustín y San Isidoro de Sevilla, reafirmaron la *congénita* inferioridad y maldad femeninas perpetuando todo tipo de infamias e incriminando a la mujer *de la muerte de Cristo, de ser la puerta del diablo, un saco de heces y el mal personificado* aunque, sin otra alternativa, debieron reconocer que la mujer era *un mal necesario*. (14)

La consideraron *un mal necesario* por cuanto el varón requería de los servicios de la mujer para la procreación de su descendencia y para perpetuar y expandir el sistema patriarcal que, dueño del poder de nombrar y distribuir espacios, confinó a la mujer en la cárcel del matrimonio y la forzó a usar cinturón de castidad. (15) Los miedos del varón “*a la enigmática sangre menstrual (...) al conocimiento, heredado de su pasado de recolectora de plantas que podían curar y matar; miedo al deseo incontrolable que las curvas femeninas encendían en sus cuerpos (...) miedo a los órganos sexuales de la mujer que, por ser escondidos invisibles, aguijoneaban*

la imaginación y suscitaban las más terribles fantasías” (Posadas y Courgeon, 2004: 98), lo indujeron a encerrarla en la casa, sitio en el que podía vigilarla, controlar su sexualidad y mutilar sus órganos genitales; práctica vigente en algunas culturas africanas-musulmanas en las cuales les cortan los labios vaginales y el clítoris, “*único órgano cuya función exclusiva es generar placer*” (Istarú, 2012), negándole el derecho al placer sexual, gozo exclusivo del varón que, propietario del cuerpo femenino, zurce o descose a su antojo la vulva de *su mujer* para alardear de su paternidad. (16)

Siendo la maternidad una evidencia, mientras la paternidad un acto de fe, el patriarca se encargó de recluir y domesticar a la mujer, mediante su conversión en esposa y madre y la aisló en el ámbito privado, paso previo para apropiarse del espacio público, pues “*lo relevante, lo excelente, lo digno de oírse, de verse o de imitarse se ofrece en el espacio de lo público (...) espacio del encuentro del hombre con el hombre, el lugar de reconocimiento mutuo*” (Molina, 1994: 249) donde suceden todas las actividades valiosas en la sociedad. Una vez desterrada de la esfera pública y relacionada con la naturaleza, la mujer fue juzgada una simple consumidora de cultura cuya creación “pertenece” a los varones, facultados también para excluirlas de toda participación científico-cultural; un proceso iniciado desde milenios atrás cuando las mujeres fueron borradas de la historia, mientras se glorificaba a los hombres en todas las áreas del conocimiento.

De esta manera “desaparecieron” las filósofas pues, como expusiera Umberto Eco: “*No es que no hayan existido mujeres que filosofaran. Es que los filósofos han preferido olvidarlas, tal vez después de haberse apropiado de sus ideas*” (Rius, 12). (17) Así le sucedió a Diotima (siglo V a. C.) mentora de Sócrates que desapareció de la historia por obra y gracia de los estudiosos de la filosofía; a Aspasia (siglo V a. C.) maestra de retórica y logógrafa (historiadora y cronista) de la que *se sabe muy poco* aunque influyó cultural y políticamente en Atenas; a Hiparquía (siglo IV a. C.), una de las primeras filósofas cínicas a quien se le recomendó abandonar la disciplina y dedicarse a labores propias de su género y a Hipatia de Alejandría (siglo IV d. C.), matemática, filósofa, astrónoma y directora de la academia platónica de Alejandría que, por negarse a traicionar sus ideales racionalistas-científicos y rehusarse a ser cristianizada, fue cruelmente asesinada por monjes cristianos fanáticos seguidores de San Cirilo quienes, según Sócrates el escolástico,

(...) la arrancaron de su carruaje; la arrastraron a la iglesia llamada Cesárea; la dejaron totalmente desnuda; le tasajearon la piel y las carnes con caracoles afilados, hasta que el aliento dejó su cuerpo; llevan los pedazos a un lugar llamado Cinaron y los queman hasta convertirlos en cenizas. (Citado por Alic, 1991: 62) (18)

Sin importar cual disciplina o profesión se investigue, la exclusión de lo femenino es una constante histórica; Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* expone “*magistralmente cómo los discursos de la biología, del psicoanálisis, del marxismo, de la historia, de la mitología, son construidos desde la perspectiva interesada de los varones*” (Romero, 2008: 302), discursos a

los que se suman los pedagógicos, los filosóficos y los religiosos defensores a ultranza del patriarcado al que legitiman, refuerzan y refundan periódicamente, como “*si el androcentrismo larvado y subterráneo constituyera una enfermedad que atrofia las facultades perceptivas y deliberativas*” (Rodríguez, 1999: 110) de los estudiosos quienes, por pensar lo masculino igual a humano, excluyeron a las mujeres. (19) Una proscripción que supera a cualquier otro sector social subyugado, pues las mujeres no “*poseen ninguna memoria colectiva de un modo de existencia independiente del patriarca/colonizador. E incluso si (...) pudieran recordar una existencia alternativa, esta seguiría siendo una existencia basada en la relación con el sexo masculino.*” (Weigel, 75)

Dueño de la ley, de la ciencia y de la religión, el sistema androcéntrico también las expulsó de la educación reduciéndolas a un destino similar al de las esclavas; así se constata en el enfoque expuesto por Rousseau en *Emilio o De la educación*, obra donde el filósofo separa las labores masculinas de las femeninas afirmando, en el libro V, “*que toda la educación de las mujeres de todos los tiempos debe estar limitada a sus deberes para con los hombres, especificados de la siguiente manera: agradecerles, serles útiles, hacerse honrar y amar por ellos, criarles de pequeños, cuidarles cuando sean ancianos, aconsejarles, consolarles, hacerles la vida agradable y dulce*” (Citado por Puleo, 2008: 20). (20) Aunque el “ilustre pedagogo” no aplicó su apreciado modelo educativo en sus hijos a quienes recluyó en un hospicio, es probable que el paradigma de este precursor de la pedagogía moderna se implementara en las escuelas, auspiciado por los silabarios donde niñas y niños aprenden, con las primeras letras, la distribución de los espacios físicos y simbólicos estipulados por la ideología patriarcal. (21)

En esta programación social, signada por la desigualdad, el padre acaparó el espacio público, mientras a la madre se le asignó el doméstico confinándosele en la casa-cárcel, asimetría decretada en los manuales manipulados en las escuelas donde se lee: *Mamá amasa la masa*, aunque nunca la haya amasado y compre las tortillas en el *minisuper*, cuando regresa del trabajo o *Papá lee en la sala* pese a que, en su tiempo libre, prefiere ver los partidos y comentarios de fútbol en su pantalla plana. La inercia de los silabarios perpetuó los roles de género desde la etapa escolar, pues, salvo raras excepciones, la ideología patriarcal continúa emplazando a las mujeres en el espacio doméstico, donde la madre realiza una interminable y agotadora labor, constituida en *un-ser-para-los-otros*, como se muestra en esta narración:

A las seis de la mañana en invierno, y antes de las cinco en verano, se levanta la mamá de Eduardo. Desde esa hora hasta que se acuesta, vive entregada por completo al cuidado de su familia.

Al amanecer los niños duermen todavía tranquilos y ya anda la madre ordenando las ropas y preparando los desayunos que van a necesitar al levantarse. Después ayuda a los más pequeños, mientras se bañan, peinan o visten: más tarde arregla la casa y prepara el almuerzo. Por la tarde zurce, remienda, corta, cose, lava, plancha, cocina y, a veces, sale a comprar comestibles, ropas y otros artículos para conseguirlos de buena calidad y a precios reducidos. (22)

Los dibujos ilustrativos de tales historias reafirman los estereotipos de ambos géneros, pues mientras el padre usa un traje que le confiere estatus de hombre público, la llamada *reina del hogar*, ataviada con un delantal de volantes, una pañoleta cruzada y un gran moño, “*permanece de pie, por si alguien necesita algo* (Cabal, 1992: 114), a la espera de servirle a la familia sentada a la mesa. Según Stuart Mill, en el proceso de anulación de la mitad de la humanidad los varones les exigieron a las mujeres no solo sus servicios y su obediencia, sino sus sentimientos, legitimados con

(...) “*toda la fuerza de la educación (...) Así todas las mujeres son educadas desde su niñez en la creencia de que el ideal de su carácter es absolutamente opuesto al del hombre: se les enseña a no tener iniciativa y a no conducirse según su voluntad consciente, sino a someterse y a consentir en la voluntad de los demás. Todos los principios del buen comportamiento les dicen que el deber de la mujer es vivir para los demás (...) debe negarse completamente a sí misma y no vivir más que para sus afectos*” (Citado por de Miguel, 2008: 92). (23)

En este modelo educativo, promotor de la sumisión femenina y la asimetría entre los sexos, a las mujeres les encomendaron las labores domésticas y la preservación de la especie; así le advirtió Unamuno a la joven que le expuso su deseo de ser escritora. Según el filósofo y rector de la Universidad de Salamanca, la lengua literaria “*es un instrumento hecho por hombres y para hombres (...) A la mujer está encomendada principalmente la perpetuación del linaje humano (...) y al hombre la civilización*” (Citado por Freixas, 2000: 123). (24) Conocedoras de este y otros tipos de amonestaciones reiteradas perversamente durante siglos, las escritoras idearon múltiples estrategias para poder escribir; entre estas renunciar a ser madres, encubrirse bajo seudónimos masculinos, ocultar sus escritos, enclaustrarse en los conventos, renunciar a su autoría, sacrificar sus proyectos personales para auspiciar el de sus maridos, etcétera. La lucha por el reconocimiento de la autoría femenina ha sido ardua, pues el *canon literario* solo admitió a quienes *escribían a lo hombre o virilmente* y aún hoy “*la mayoría de las antologías sobre literatura (...) eligen a una mujer por cada diez hombres*” (Agosín, 1993: 10). (25)

El paradigma educativo androcéntrico se nutrió, especialmente, de la literatura infantil, surtidora de arquetipos femeninos, pues escrita por varones, representó a las mujeres como *bellas bobaliconas, hadas etéreas, brujas horripilantes* (recreadoras de las mujeres quemadas en la hoguera por sus tratos con Satán), *harpías varias* (entre las cuales destacan las madrastras), y las *heroínas de la virtud y el sufrimiento*, modelo apetecido y glorificado por el sistema de dominación masculino. (26) Un sistema desafecto a las mujeres subversivas como Olimpia de Gouges, revolucionaria que al descubrir que la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, proclamada por la Revolución Francesa, no incluía a las mujeres redactó la *Declaración de los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana* donde reivindicaba la igualdad de derechos entre mujeres y hombres. Esta proclama le costó la vida cuando sus compañeros de lucha, Robespierre incluido, la guillotinaron pese a su militancia y protagonismo revolucionario.

Pero ni los crímenes, los encarcelamientos o las vejaciones impidieron que las mujeres se organizaran a través del tiempo. Así se percibe en la *Querrela de las mujeres* “un complejo y largo debate filosófico, político y literario que se desarrolló en Europa durante parte de la Edad Media y a lo largo de toda la Edad Moderna, hasta la Revolución Francesa (...) debate filosófico y político en el que se discutió y muchos trataron de demostrar la “inferioridad natural” de las mujeres y la “superioridad natural” de los hombres” (Rivera, 1996: 60). En este movimiento reivindicativo de lo femenino destacó la escritora e intelectual Christine de Pizan, quien le dio contenido feminista al debate contra la corriente misógina, demostrando que las mujeres eran tan dignas y valiosas como los hombres.

Otro movimiento organizado por las mujeres fue el sufragista, ideario que reivindicó el derecho al sufragio desde mediados del siglo XIX e intentó otras conquistas, pues “la lucha de las sufragistas fue, en buena medida, la lucha por desactivar los ancestrales prejuicios que pesaban sobre la condición femenina y conseguir redefinirla como una condición humana” (de Miguel, 2008: 87). Este movimiento por la igualdad de derechos no las empujó a la violencia porque su desobediencia civil nunca rompió la paz, como tampoco fueron violentas cuando, con la Revolución Industrial, irrumpieron en las fábricas lidiando “con las máquinas, con los jefes abusadores, con los horarios inhumanos y pagaron incluso con su vida (como en el caso de las mártires que nos legaron la celebración del 8 de marzo) el derecho a gozar de garantías laborales” (Gamboa, 2010: 7).

Una vez transformado el mundo del trabajo, innovaron también el académico al desafiar al sistema educativo universitario donde ingresaron hace aproximadamente 100 años, pese a que todavía arrastran una deuda histórica “enraizada en siglos de expectativas, culturalmente implantadas, que empujan a las mujeres a optar por carreras reputadas “propias a su género” (Govaere, 2010: 15) (27). Y es que el machismo discurre jubiloso por las aulas y los laboratorios universitarios, como lo señala un estudio de la Universidad de Yale, publicado en la revista *Proceedings* de la Academia Nacional de Ciencia (Estados Unidos), pues aunque las estudiantes tienen las mismas competencias y habilidades de sus compañeros varones, muchos profesores las juzgan menos capacitadas al considerar que *la ciencia es (aún) cosa de hombres*. (28) Tal parece que el menosprecio contra las mujeres en las aulas, es un remanente de la supuesta *inferioridad femenina*, suposición milenaria a la que el psicoanalista Sigmund Freud le confirió carácter científico en el siglo XX, al racionalizar “las visiones misóginas ancestrales acerca de la mujer que enfatizaban sus diferencias con los hombres” (Bosch, 1999: viii). No contento con tal proeza y una vez consumido el arsenal de invectivas contra ellas, las desterró al continente oscuro, territorio del que las mujeres siguen emergiendo, día a día, para descubrir nuevas cartografías en otros litorales.

EN EL UMBRAL

(...) *un nuevo humanismo tendría
por función la integración
de la larga historia de exclusiones violentas.*

Françoise Vergès

Esta exploración de algunos apuntes para hilvanar una historia sobre las mujeres podría continuar *ad infinitum*, pues el repertorio de agravios contra ellas no cesa, como no se detienen los femicidios que, diariamente, perpetran quienes se asumen dueños de las mujeres. Pero estas anotaciones se cierran-abren para pensar estos tiempos cuando se imposibilita referirse a las mujeres como una esencia porque se conoce su heterogeneidad y su diversidad; constatación que exige seguir hurgando en los silencios, en las ambigüedades y en las entrelíneas de la retórica androcéntrica para rechazar la historia unívoca e idéntica que oculta, silencia e ignora las experiencias femeninas, reduciéndolas a una sola existencia al omitir las diferencias de clase, de edad, de profesión, de religión, de etnia, de nacionalidad, de ideología, de orientación sexual...

En el proceso de enseñanza-aprendizaje en el que estamos inmersos en humanidades es vital reflexionar sobre el tema aquí esbozado, pues *la equidad de género y la igualdad de derechos son asuntos de vida o muerte*. Así como es ineludible rechazar el humanismo androcéntrico excluyente de lo femenino, para historiar a las mujeres y sus aportaciones a la cultura, es fundamental que se reconozcan sus historias y sus luchas silenciadas durante milenios; el mundo del conocimiento no puede darse el lujo de desconocer o borrar los invaluable saberes femeninos.

Las aulas deben ser el laboratorio donde se impugnen las historias misóginas que no son rarezas del pasado, sino experiencias cotidianas. Es en las clases en las que estudiantes y docentes comparten el conocimiento y experimentan las humanidades, donde debe desmontarse el sistema de dominación masculino, para reivindicar la equidad entre los seres humanos y para restituir los lenguajes clausurados pues, como expusiera Adichie en “El peligro de una sola historia”, si las historias se han usado para despojar y calumniar, las historias también pueden humanizar. ¿A quiénes? A las mujeres que constituyen la mitad de la humanidad y que continúan luchando por la igualdad de derechos y por contar sus propias historias, sin intermediarios e intérpretes proclives a la historia institucionalizada.

La experimentación de un nuevo humanismo implica reconocer a las mujeres desde sus propias diferencias. Valorar sus aportaciones a la cultura y sus legados al conocimiento, es un proyecto ineludible entre quienes compartimos el proceso de enseñanza-aprendizaje de las humanidades.

NOTAS

1. Enfocado desde el feminismo este texto está orientado a informar a los estudiantes de humanidades sobre un nuevo humanismo que intenta reintegrar a los grupos excluidos violentamente de la historia, como es el caso de las mujeres. Inscrito en la pluralidad y en la incertidumbre el feminismo logra desmitificar el imaginario femenino creado por el sistema patriarcal, lo cual asusta y provoca reacciones defensivas de quienes consideran que “los problemas de las mujeres” están resueltos. Si el androcentrismo narró una sola versión histórica sobre la mujer, hoy cuenta la única historia del movimiento feminista, negándose a aceptar que nadie “*puede situarse en una perspectiva que le permita una visión global del feminismo. Nadie puede situarse dentro de una definición del feminismo que no haya sido impugnada*” (Butler, 2006: 247), debido a que los feminismos son múltiples, como distintas sus denominaciones. Es precisamente la resistencia a resolver las discordancias lo que mantiene vivo a este movimiento que “*defiende interpretaciones contradictorias sobre cuestiones fundamentales sin llegar a domesticarlas*” (Butler, 2006: 249), desconfiado de la unidad imaginada urdida por los voceros del sistema quienes, desde una óptica parcial y parcializada, eternizaron prejuicios y estereotipos sin estudiar los feminismos en su diversidad. Como expuso Ana Istarú en “El cuerpo del delito” (2012): “*El feminismo podrá a muchos sonarles a mala palabra, pero las mujeres le debemos tanto*”.
2. La cultura de los Trobriands, aborígenes que habitan un archipiélago al este de Nueva Guinea, ha sido estudiada por numerosos antropólogos como una especie de sociedad matriarcal donde los varones realizan las labores domésticas y cuidan a los niños, mientras las mujeres desempeñan labores socioeconómicas en las islas. En el video *La necesidad de saber* de la serie *Mujeres*, estudiosas de las ciencias sociales destacan la cultura de los Trobriands frente a la de sus vecinos los Sambias, pues si los primeros crían a los niños amorosamente, los niños sambias experimentan ritos iniciáticos sobre la masculinidad, sumamente crueles.
3. El término misoginia significa odio, aversión y desprecio de los hombres a las mujeres y a todo lo relacionado con lo femenino. Sobre tal concepto véase el libro *Terminología feminista*, de Yadira Calvo, págs. 162 a 165 y el libro *Historia de la misoginia* de Esperanza Bosch.
4. Imperfectas, impuras y peligrosas, denominan Posadas y Courgeon el III capítulo del libro *A la sombra de Lilith*, obra examinada en esta indagación.
5. Son incontables las versiones acerca de Lilith; entre estas la descrita por Posadas y Courgeon en el libro *A la sombra de Lilith*, pág. 9, en la cual reproducen la leyenda judía donde Lilith abandona a Adán, junto con sus hijos, porque, rivales en todo, no quiere yacer debajo de él. Apremiada por ángeles enviados de Dios a regresar con Adán, se niega a hacerlo siendo condenada a que cien hijos-demonios suyos, mueran cada día.
6. Esta cita la reproduce Patrizia Violi del artículo de Zimmerman, D. H, West, C, titulado Sex roles, interruptions and silences in conversation, en Thorne B, Henley N. (eds), *Language an sex. Difference and Dominance*, Rowley, Mass, Newbury House, 1975, sin señalar la página.

7. El silencio femenino ha sido recreado como una estrategia estética por Sor Juana Inés de la Cruz quien en respuesta a “Sor Filotea” (en realidad el obispo de Puebla), explora la metáfora del silencio al expresar que “*aquellas cosas que no se pueden decir, es menester decir, siquiera que no se pueden decir*” Agosín, 1993: 16). Con el silencio algunas escritoras han evadido la autoridad; este es el caso de Clara frente a su marido Esteban Trueba en la novela *La casa de los espíritus*, de la escritora chilena Isabel Allende.
8. Existe un ligamen entre Eva y la serpiente que se puede rastrear en los relatos antiguos de la mitología del Cercano Oriente pues el “*nombre de Eva, hawwak, significa ‘madre de todos los vivientes’, pero hawwak también significa serpiente en varios idiomas semitas*” (Condren, 1994: 213).
9. En el libro *Verbo Madre* Ana Istarú desafía la sentencia que pesa sobre las mujeres por la supuesta culpabilidad de Eva, con el poema *Al dolor de parto* donde convida al dolor a bailar, como gozo del alumbramiento y amamantamiento materno: *Hola dolor, bailemos./ Serás mi amante breve /en este día./ Tu sirena de barco,/ tus anillos sonoros en mi boca: ya lo sé./ Oh bestia de Jehová,/, muerdes a quemarropa./Hola dolor./Bailemos, qué mas da./ Ya te miraré arder rabioso,/solo en tu ronda/ y yo botando espuma por los pechos,/ gozando al reyezuelo,/ oliendo el grito de oro/ del niño que parí.* (Istarú, 1998: 117).
10. Quizás la jerarquía católica le concedió el título de *Hija predilecta de María* a la mandataria Laura Chinchilla invocando la sumisión femenina, en un intento por frenar proyectos esenciales para la sociedad, pero condenados por la iglesia, como El Estado Laico, Las Sociedades de Convivencia y La Fecundación in Vitro, sobre la cual falló la Corte Internacional de Derechos Humanos, condenando al estado costarricense.
11. Si Penélope teje y desteje sin dejar pruebas de su malestar temporero-espacial, la escritora, pintora y escultora salvadoreña Consuelo Sunsín, esposa de Antoine de Saint-Exupéry, teje su malestar en numerosos tejidos que acumula sin otorgarles utilidad acogedora o decorativa, mientras el autor de *El principito* la obliga a modelar para sus dibujos y a escuchar, una y otra vez, lo que escribe. Teje porque es la única tarea que le permite el escritor, a quien le molesta el ruido del lápiz o el carboncillo en el papel, como se constata en el libro *Memorias de la rosa*.
12. Según señalan Bosch, Ferrer y Gili en el libro *Historia de la misoginia*, p. 45: “*Aunque el sistema reproductor masculino se conocía y comprendía desde finales del siglo XVII, el ciclo reproductor femenino siguió siendo un misterio. El óvulo no se descubrió hasta 1827 y la fertilización no fue entendida hasta 1883.*” Tampoco se conocía que el cromosoma masculino Y procede del femenino X, según los estudios realizados en la Universidad de Chicago y en el Instituto Whitehead, de los que hace eco la revista *Science*, en 1999, donde Bruce Lahn y David Page, genetista y biólogo, respectivamente, señalan que en un principio las hembras se autorreproducían y que la diferenciación de los sexos se fraguó en un largo proceso “*provocado por un gen denominado SRY (gen determinante de la región sexual) que evolucionó dentro del cromosoma femenino.*” De esta manera los científicos refutan que Eva naciera de la costilla de Adán, confirmando en sus conclusiones la peor de las pesadillas del machismo de todos los tiempos. Datos obtenidos del artículo “Eva fue primero que Adán” de la Agencia de noticias EFE, del periódico La Nación 31-10-1999.

13. Las supersticiones persisten y de estas no escapan los indios bribris de nuestro país, como lo describe Ana María Shua en la obra *Cabras, mujeres y mulas* (1999: 207).
14. Sobre las expresiones de los santos contra las mujeres, véase el libro *Historia de la misoginia*, de Esperanza Bosch et al, capítulo 1.
15. El origen etimológico del término matrimonio es la expresión “matri-monium” que deriva del latín “mater”, que significa “madre”, y “munium”, que quiere decir “función, cargo”, o sea, el derecho que adquiere la mujer que lo contrae para poder ser madre dentro de la legalidad. La concepción romana tiene su fundamento en la idea de que la posibilidad que la naturaleza da a la mujer de ser madre quedaba subordinada a la exigencia de un marido al que ella quedaría sujeta al salir de la tutela de su padre y de que sus hijos tendrían así un padre legítimo al que estarían sometidos hasta su plena capacidad legal: es la figura del pater familias.
16. Las prácticas inhumanas sobre las mujeres las perpetra continuamente el sistema de dominación masculino como se percibe en los siguientes ejemplos: 150 millones de mujeres han sido mutiladas genitualmente, el instrumento es una navaja o un cuchillo, no utilizan anestesia ni normas sanitarias; en muchos casos se extirpa parte o la totalidad de los genitales, puede significar también perforación, cosido y estrechamiento de los labios vaginales o quema de los mismos. (Datos tomados del artículo “MUJER... ¡Alerta roja!”, de la Revista Dominical, 2 de mayo de 1999, p. 16). Sobre este mismo tema véase también la película *La rosa del desierto*. En la India el *sati* obliga a las viudas a suicidarse en el fuego porque muerto su marido, su vida no tiene sentido, mientras otras son asesinadas debido a que la dote no llega a las cantidades esperadas por los familiares políticos. En Camerún una de cada cuatro niñas es sometida a un doloroso *aplanchado* de sus incipientes senos con el fin de disimular la pubertad y evitarles violaciones y embarazos. A esta lista que se vuelve interminable se podría agregar la muerte de 100 millones de mujeres que no aparecen en las estadísticas de China, desaparecidas a causa del aborto selectivo o el infanticidio...
17. Es pertinente observar que el erudito francés Gilles Ménage escribió en 1690 la *Historia de las mujeres filósofas*, donde reseña a sesenta y cinco filósofas, rescatándolas del papel de hijas, esposas o amantes para destacarlas como protagonistas de la historia (ver contraportada). Todas las filósofas estudiadas por Ménage desaparecieron de la historia, aunque poco a poco han ido emergiendo a través de diversas investigaciones.
18. Sobre la vida de Hipatia véase la película *Ágora* (2009).
19. Un ejemplo de exclusión de las mujeres: en París el Panteón de los Hombres solo tiene a una mujer enterrada en su espacio, a Marie Curie. Hoy se debate en Francia si se permite que Olimpia de Gouges sea enterrada allí. A esta revolucionaria me referiré en este mismo artículo.
20. Este punto de vista de Jean Jacques Rousseau fue duramente criticado por la escritora y filósofa británica Mary Wollstonecraft en el libro *Vindicación de los derechos de la mujer*. Pionera del feminismo Wollstonecraft fue la madre de la escritora Mary Shelley, autora de la obra *Frankenstein*.

21. Las caracterizaciones e ilustraciones de los silabarios en las que se estereotipan las labores femeninas y masculinas, desde la infancia, fueron investigadas por Mirta González en el libro *El sexismo en la educación: la discriminación cotidiana*, texto en el que alude a distintos manuales escolares de Costa Rica, Perú, Paraguay, Nicaragua, España, El Salvador, etc.
22. Citado por Cabal, 1992: 114, del libro *La linterna mágica*, Buenos Aires, Editorial Estrada.
23. Esta cita la selecciona Ana de Miguel del libro *La sujeción de la mujer*, de Stuart Mill, págs. 173-174.
24. Freixas toma la cita de “*A una aspirante a escritora*”, *Soliloquios y conversaciones, Obras completas*, tomo III.
25. El canon es la lista de las obras que se consideran fundamento de nuestra cultura como la Biblia, Platón, Rousseau, Marx, etc. Establecido por y para los hombres, el canon ha permanecido inalterado a lo largo de los siglos (Freixas, 2000: 197).
26. Sobre estas categorías femeninas descritas en los cuentos infantiles, véase el texto *Entre las hadas y las brujas*, de Graciela Cabal.
27. Véase el documental “El género nuestro de cada día, del CIEM y el artículo “Papá sexista, hija conformista” de Marta Castro.
28. Consúltese “La ciencia es (aún) cosa de hombres”, de María Sahuquillo en EL PAÍS digital 2-10-2012.

REFERENCIAS

- Adichie, Chimamanda. “El peligro de una sola historia”. Disponible en:
www.aulaintercultural.org/spip.php?article3750
- Agosín, Marjorie. (1993). *Las hacedoras: mujer, imagen, escritura*, Chile: Cuarto Propio.
- Alic, Margaret. (1991). *El legado de Hipatia: Historia de las mujeres en la ciencia desde la Antigüedad hasta fines del siglo XIX*, México: Siglo XXI.
- Bosch, Esperanza. Ferrer, Victoria y Gili, Margarita. (1999) *Historia de la misoginia*, Barcelona: Anthropos.
- Braidotti, Rosi. (2004). *Feminismo, diferencia sexual y subjetividad nómada*, Barcelona: Gedisa.
- Butler, Judith. (2006). *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- Cabal, Graciela. (1992) “Entre las hadas y las brujas”, Buenos Aires: HVMANITAS.
- Calvo, Yadira. (1995). *De diosas a dragones*, San José, EUNED.
- Calvo, Yadira. (2012). *Terminología feminista*, San José, URUK.

- Castro, Marta. "Papá sexista, hija conformista". En *EL PAÍS digital*, 22/01/2013.
- Cohen, Claudine. (2011). *La mujer de los orígenes. Imágenes de la mujer en la prehistoria occidental*, Madrid: Cátedra.
- Condren, Mary. (1994) "Eva y la serpiente: el mito fundamental del patriarcado". En Ress, Judith. Seibert, Ute y Sjørup, Lene. *Del cielo a la tierra*, Chile: Sello Azul.
- De Miguel, Ana. (2008). "Movimientos sociales y polémicas feministas en el siglo XIX: fundamentos ideológicos y materiales". En Puleo, Alicia (Ed.). *El reto de la igualdad de género*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fernández, Anna M. (2002). *Estereotipos y roles de género en el refranero popular: charlatanas, mentirosas, malvadas y peligrosas. Proveedores, maltratadores, machos y cornudos*, Barcelona, Anthropos.
- Gamboa, Jaime. "La enfermedad del patriarca". En Tinta Fresca, Revista Dominical, 14/3/2010.
- González, Mirta. (1992). *El sexismo en la educación: la discriminación cotidiana*, San José: EUCR.
- Govaere, Velia. "La última frontera", Página 15 del Diario La Nación, 30/7/2010.
- Istarú, Ana. (1998). *La estación de fiebre y otros poemas*, San José: EDUCA.
- _____ (2012). "El cuerpo del delito". En Tinta fresca, Revista Dominical, 22 de julio.
- Lagarde, Marcela. (1996). *Género y feminismo: Desarrollo humano y democracia*, HORAS y horas, España.
- Molina, Cristina. (1994). *Dialéctica feminista de la Ilustración*, Barcelona: Anthropos.
- Owen, Lara. (1992). "El Sabbath de las mujeres". En Revista *Uno mismo*, volumen III No. 5, Buenos Aires: Agedit.
- Posadas, Carmen y Courgeon, Sophie. (2004). *A la sombra de Lilith*, Barcelona: Planeta.
- Puleo, Alicia. (2008). "El concepto de género en la filosofía". En Puleo, Alicia (Ed.) *El reto de la igualdad de género*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Rius, Rosa. "Introducción". En Ménage, Gilles. (2009). *Historia de las mujeres filósofas*, Barcelona, Herder.
- Rivera, María-Milagros. (1996). *El cuerpo indispensable. Significados del cuerpo de mujer*, Madrid: horas y HORAS.
- Rodríguez, Rosa M. (1999). *Foucault y la genealogía de los sexos*, México: Anthropos.

- Rodríguez, Pepe. (2000) *Dios nació mujer*, España: Ediciones B. S. A.
- Romero, Rosalía. (2008). “Historia de las filósofas, historia de su exclusión (siglos XV_XX)”. En Puleo, Alicia (Ed.) *El reto de la igualdad de género*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Sahuquillo, María. “La ciencia es (aún) cosa de hombres”. En *El País digital*, 2/10/2012.
- Shua, Ana M. (1999). *Cabras, mujeres y mulas*, Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Súarez, Beatriz et ál. (2000). *Escribir en femenino*, Barcelona: Icaria.
- Tovar, Enrique. “Menstruación y locura”, *La Nación*, 3/11/2007, p. 18, Aldea Global.
- Vergès, Françoise. “Deambular y escribir”. En Arfuch, Leonor (Comp.) 2005. *Pensar este tiempo: espacios, afectos, pertenencias*, Buenos Aires: Paidós.
- Violi, Patrizia. (1991), *El infinito singular*, Madrid: Cátedra.
- Weigel, Sigrid. (1986). “La mirada bizca: sobre la historia de la escritura de las mujeres”. En Ecker, Gisela (Ed.) *Estética feminista*, Barcelona, Icaria.

